

LA NOCIÓN DE PECADO EN EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTIN

ADRIANA CRISTINA ESPINOSA MARIMON

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFIA
CARTAGENA DE INDIAS**

2011

LA NOCIÓN DE PECADO EN EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTIN

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TITULO DE:
FILOSOFO**

**PRESENTADO POR:
ADRIANA CRISTINA ESPINOSA MARIMON**

**DIRIGIDO POR:
GABRIEL ARGOTA**

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFIA
CARTAGENA DE INDIAS**

2011

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	4
I.	A
gustín: vida y obra	7
II. El concepto de pecado	17
a. <i>El mal físico</i>	23
b. <i>El mal moral: el pecado</i>	25
III. El pecado, el hombre y el libre el libre albedrio	32
Conclusión	
Bibliografía	

INTRODUCCIÓN

A diario vemos en las noticias innumerables catástrofes, tragedias, asesinatos y demás acontecimientos que nos hacen preguntarnos, querámoslo o no, de dónde proceden tantos males. Cuál es la procedencia de tanta tristeza para el ser humano.

Ya desde la cultura cristiana, a la que pertenecemos, uno de los pensadores que aborda este tema es San Agustín de Hipona. La pregunta por la existencia del mal en el mundo fue una de las inquietudes principales de su pensamiento. Él se acercó e hizo parte de escuelas que intentaban darle una respuesta a estos cuestionamientos, tales como el Maniqueísmo, el Neoplatonismo y el Cristianismo, siendo esta última la fuente donde Agustín encontraría una respuesta pertinente al cuestionamiento sobre el origen del mal.

El origen del mal en la cristiandad se reseña, según las Sagradas Escrituras, cuando los primeros seres humanos, Adán y Eva, desobedecieron el mandato divino de no consumir del fruto del árbol del conocimiento, del bien y el mal. Desde esta perspectiva religiosa pasará Agustín a explicar el origen del mal en el mundo apoyándose en la perspectiva filosófica del Neoplatonismo.

El pecado, según Agustín, es un acto volitivo llevado a cabo por un ser dotado de libertad. Cuando el hombre, ser dotado de libertad, hace mal uso esta pierde eso que le es esencial, eso que le es connatural, esto es, el lugar que ocupa en el orden jerárquico universal y divino: el hombre se encuentra en la mitad de ese orden en el cual por debajo de él se encuentran los animales y las bestias, que se caracterizan por darle riendas sueltas a sus deseos, instintos y pasiones, saciándolas sin tener ningún tipo de recepción. Por encima de él se encuentran los Ángeles y Dios, este último, máxima razón y creador de todo lo que existe.

Según la antropología agustiniana el hombre no es ni animal, ni ángel ni mucho menos Dios. Entonces ¿qué es el hombre? Según Agustín es imagen de Dios ya que comparte con este la libertad, la razón y la inteligencia. El hombre es un ser libre, razonable e inteligente. Agustín plantea que cuando el hombre abusa de su libertad y atenta contra el orden universal pierde esos elementos que son esenciales. Entonces, Cuando el hombre actúa por pasión e instinto y busca la satisfacción de sus pasiones sensibles sucumbe al nivel de los animales convirtiéndose en uno de ellos. En este nivel pierde su libertad haciéndose esclavo de sus pasiones y, por ende, pierde su razón e inteligencia siendo estas segadas por la satisfacción instintiva.

Peor aun, según plantea nuestro autor, es cuando el ser humano desea ser como los ángeles o como Dios. Pueda que el hombre, sea semejante a Dios en libertad e inteligencia, pero el hombre no es perfecto ni eterno, sino que el hombre es imperfecto, corruptible y sobre todo falible. El pecado es, en esta medida, producto de una mala elección. El hombre escoge en el pecado algo que considera bueno para él y que le producirá felicidad, pero en realidad no es así. El hombre en el pecado encuentra un orden erróneo del que le compete. Al inclinarse por las pasiones cae al nivel de los animales y al vanagloriarse de su razón e inteligencia busca ser u ocupar el lugar de su creador.

El pecado hace consciente al hombre de eso que es, cual es su condición y el lugar que ocupa en la naturaleza. La noción del pecado más que concepto teológico o religioso nos lleva a responder, cuál es esta condición natural del hombre, cual es su lugar en el orden jerárquico de la naturaleza. Así, el concepto de pecado toma un matiz más allá de lo meramente teológico, para ubicarse en el terreno de lo reflexivo, de lo filosófico y de lo humano, ya que este concepto nos muestra la condición de nuestra humanidad, nuestra finitud y falibilidad. En este orden de ideas estamos actualizando el concepto de pecado, no solo como algo exclusivo de la reflexión religiosa, sino como aquello que tiene aun algo por decirnos en sociedades como las actuales en

donde prima la ciencia la tecnología y la economía, y ese algo por decir es qué es lo que somos.

El presente texto lo presento en tres partes: en la primera expongo la vida y obra del santo de Hipona, esto con el fin de ambientar al lector, para ubicarlo espacio temporalmente. En esta parte me ocuparé de exponer las principales corrientes de pensamientos y escuelas a las que perteneció Agustín.

En la segunda parte abordo del concepto de pecado, uno de los puntos centrales del pensamiento agustiniano. Mostrare como Agustín plantea cual es el origen del mal, cuáles son las clases de males que existen y cómo el hombre tras perder su orden, su esencia, Dios se la devuelve a través del don de la gracia.

En la última parte, expondré el concepto de hombre según Agustín, y su relación con la idea de libre albedrio, o libre elección del hombre esta que le hace posible elegir entre lo que él considera como aquello que le es beneficioso o nos sirve.

Cabe aclarar que el presente texto no pretende ser por ninguna clase un texto de teología sino que es un escrito de corte filosófico que tiene por finalidad mostrar aquello que es el hombre desde un concepto como es el pecado en un pensador tan importante como san Agustín de Hipona.

Quiero aprovechar este espacio para agradecer a quienes sin su colaboración este trabajo de grado no hubiera sido posible, a Dios, sobretodo, motor primero de todo lo que existe, a mis padres, a Harol Pérez Salgado, y a mi asesor...por su tiempo y paciencia.

SAN AGUSTIN: VIDA Y OBRA

Aurelio Agustín nace el 13 de noviembre en Tagaste, una población de Numidia (actual Suk Ahiás, en Argelia) a al norte de África en el año 354. Patricio su padre, fue un pequeño propietario rural, pagano, quien murió en el año 370, pero antes de su muerte se convirtió al cristianismo. Mónica, su madre, al contrario de su padre, era una ferviente cristiana que educó a Agustín en la fe católica. En el año 361 Agustín inicia su período escolar en su ciudad natal, en donde le enseñaron a leer y escribir, pero él no le veía importancia a esto y debido a su rebeldía frente a los estudios le azotaban. Dentro de lo que estudiaba Agustín a su corta edad se encontraba la lengua griega. Él aborrecía esto sobre manera, pero era un aficionado por el latín.

Llegado el año 367 marcha Agustín a Madaura, ciudad que se encontraba cerca de Tagaste, allí estudio letras, humanidades y retórica. En este tiempo sus padres juntaron dinero suficiente para luego enviarle a estudiar a Cartago, ciudad que se encontraba más lejos que Madaura.

A falta de recursos en el 370 y contando con 16 años Agustín regresa a Tagaste y suspende sus estudios. Agustín comenta en las *Confesiones* que al encontrarse ocioso y lejos del estudio comenzó a experimentar curiosidad de tipo sexual, además comenta el hurto de las peras que realizó junto a unos amigos suyos. En el año 371 viaja a Cartago, donde continúa sus estudios, este viaje lo hace gracias a la ayuda económica de un amigo de su padre.

Estando en Cartago adelantó estudios de retórica. Es allí donde conoce a la madre de su hijo Adeodato, quien nacerá al año siguiente (372). En el 373 y contando con 19 años de edad, se presentaron encuentros fundamentales en la vida de Agustín: lee el *Hortensio* de Cicerón, por una parte, que lo adhiere a la filosofía, eso que los griegos llamaban *amor a la sabiduría*, pero su búsqueda de la sabiduría lo aleja del cristianismo, con el que sólo estaba unido

por un débil lazo, que se lo debía a su madre: “aun siendo yo niño de pecho le había mamado con la leche de mi madre y le conservaba gravado profundamente en mi corazón”(Agustín,1983, p. 70). Su deseo de encontrar una doctrina a la vez religiosa y racional, en suma, una gnosis, por otra parte, lo hace maniqueo.

El maniqueísmo, considerada por parte del cristianismo como una religión herética, fundada por el persa Manes en el siglo II, implicaba 1.) Un profundo racionalismo; 2.) Un notable materialismo; 3.) Un dualismo radical en la concepción del bien y del mal, entendidos como principios no sólo morales sino también ontológicos y cósmicos. Los maniqueos, según sus preceptos, afirmaban la existencia de dos principios últimos: *Ormuz* y *Ahriam*. Principios que se encuentran en constante lucha que se refleja en el mundo, por ejemplo, el hombre no es más que la combinación de cuerpo y alma, que son fuerzas contrarías. El alma tiene su origen en el *Ormuz* y tiende hacia la luz, hacia el bien. El cuerpo está compuesto de una materia grosera y este, según los maniqueos, es explicado por el *Ahriam*. El cuerpo de los hombres tiende hacia el mal, lo grosero y lo mundano.

Este dualismo expuesto por los maniqueos le hizo entender a Agustín su fascinación hacia los placeres mundanos. Desde la óptica de los maniqueos Agustín supuso que el hombre no es quien provoca el mal, sino quien lo padece.

La iglesia maniquea estaba constituida por unos sabios o elegidos y otros, que eran el público u oyentes. Los elegidos practicaban el bien, no sólo con una vida pura (mediante la castidad y la renuncia a la familia), sino que también absteniéndose de los trabajos materiales y observando una peculiar alimentación.

Los oyentes, que vivían una vida menos perfecta, procuraban como compensación todo lo que les hacía falta para la vida de los elegidos. Para el

año 374 Agustín se hace profesor en Tagaste, contaba él con 20 años de edad. En el 375 se establece en Cartago con su amante y su hijo. En 376 abre una escuela de retórica en Cartago. Encontrándose aun adscrito al maniqueísmo (al cual perteneció durante el lapso de nueve años) cuando comenzaron sus dudas y decepciones alrededor de esta gnosis.

Agustín era un joven de espíritu inquieto. Él buscaba algo que diera cuenta de la espiritualidad del hombre, pero que estuviese enmarcado en lo racional. Él comenzó a percatarse que los postulados del maniqueísmo estaban sustentados a partir de fabulas fantásticas llenas de gran imaginación, todo ello propio de las grandes teosofías de oriente, las cuales se alejaban radicalmente de la racionalidad propia de la filosofía de los griegos. Sin embargo, Agustín buscaba aclarar sus dudas. En el 383, llega Fausto de Milevo, la figura más representativa del maniqueísmo africano, a Cartago. Él “tenía fama de hombre instruido en todas las ciencias y docto perfectamente en las artes liberales” (Agustín, 1983, p.109). Las personas pertenecientes a la secta maniquea, aquellos a los que Agustín formulaba sus inquietudes, y quienes no podían resolverlas, le decían que esperara a Fausto para que éste le resolviera sus cuestionamientos, comenta Agustín (1983) que:

Los demás de su secta con quienes ya había tratado, y que no sabían responder a las preguntas y objeciones que yo les hacía en estas materias, todos me prometían que vendría este Fausto, y que con su venida y comunicación todas aquellas dificultades y otras mayores que propusiese, se me resolverían con grandísima facilidad y solides. (p.113)

Pero el encuentro con ese máximo jerarca de la secta maniquea terminó por decepcionarlo:

Yo confieso que deleitaba el oírte, y le alababa y ensalzaba con otros muchos, y también con mucho más que ello; pero me era muy sensible que, entre tanta gente como le estaba oyendo en público, no se me permitiese el ponerle mis dudas y como partir los cuidados

de mis dificultades conferenciándolas con él familiarmente [...] luego que pude lograr esto, y acompañado de mis amigos comencé a hablarles [...] después que conocí claramente que Fausto ignoraba de todo punto aquellas ciencias en que yo juzgaba que sería él muy poco docto y excelente, comencé a perder las esperanzas de que él pudiese aclarar y resolver las dificultades y dudas que me tenían inquieto [...] pero luego le propuse estas cosas, para que las considerase y las resolviera, él verdaderamente procedió con tal modestia, que ni aun se atrevió a tomar sobre sí esta carga, porque conocía que no sabía nada de esto, ni tampoco se avergonzó en contestarlo.(p. 114- 115)

Y sigue diciendo que Fausto no era como otros muchos habladores que intentaban encontrarle solución a sus cuestionamientos, que este docto maniqueo era de corazón franco y que reconocía con cierta ingenuidad su ignorancia frente a los temas que le planteaba Agustín.

Frente a todo esto Agustín quedó muy decepcionado. Pese a todo él no abandono de un todo la secta maniquea, él permaneció en ella puesto que no conocía nada mejor que ésta. A finales del año 383 Agustín decide trasladarse a Roma. Estando ahí recibe la cátedra de retórica. Para él resultaba más conveniente enseñar este arte en Roma que en Cartago:

La causa principal y casi la única, que me movió, fue haber oído que los jóvenes que estudiaban en Roma eran más quietos, y se sujetaban de tal suerte al más bien ordenado método de disciplina [...] lo contrario se acostumbraba en Cartago, donde es tan torpe y destemplada la licencia de los estudiantes, que se entran violenta y vergonzosamente en cualquier aula, y casi con un furioso descaro perturban aquel orden que cada maestro tiene establecido para el aprovechamiento de los discípulos(p. 117)

En el otoño del año 384 Agustín pasaría a tomar la cátedra de retórica en Milán, nuestro autor comenta que:

Así con la noticia que tuve de que los magistrados de Milán habían escrito a Símaco, perfecto de Roma, para que proveyese a aquella ciudad de un maestro de retórica, dándole también su pasaporte y privilegio de tomar postas, y costeándole el viaje, yo mismo solicité que se me propusiese asunto para un discurso oratorio y oído y aprobado me enviase allá el perfecto (p. 124).

Estando Agustín en Milán es donde conoce y escucha los sermones del obispo Ambrosio:

Me deleitaba con la dulzura y suavidad de sus sermones que eran más doctos y llenos de erudición que los de Fausto [...] porque Fausto caminando por los rodeos, engaños y falacias de los maniqueos, se apartaba de la verdad y Ambrosio con la doctrina más sana enseñaba la salud eterna (p. 125).

A Ambrosio le consideraba, nos comenta Agustín, como un hombre dichoso y feliz honrado por los grandes y poderosos de la tierra, pero el celibato que el observaba me parecía cosa dura y trabajosa. Agustín aun estando en Milán era presa de las tentaciones, la soberbia y la vanidad, el afán de ser admirado y loado (ovacionado) por los demás.

Agustín plantearía que Ambrosio era un personaje sumamente ocupado y altamente consultado:

Yo no podía preguntarle todo lo que quería y del modo que quería, por la multitud de gentes que le ocupaban con diversos negocios, y cuyas urgencias y necesidades se llenaban los ciudadanos de quien buscaba aprovechar y servir a todos: eso me impedía a mí el poder hablarle y aun de verle (ídem).

Sin embargo Agustín acudía a las lecciones dadas por Ambrosio, pues a ninguno se le prohibía entrar a dichas lecciones dictadas por este obispo de

Milán. En ellas adquirió cierta destreza para poder leer las Sagradas Escrituras que le resultaban en cierto sentido difíciles de comprender, ya que como él mismo expone “tomaba al pie de la letra, permaneciendo muerto ante [...] la parte espiritual que se ocultaba o que yacía en la corteza de la letra”.

En el 385 Agustín se convierte en orador en esta fecha pronuncia el panegírico del emperador Valentiniano II. En este año llega su madre Mónica a Milán. Para esta fecha Agustín ha renunciado totalmente al maniqueísmo y conserva de él sólo el materialismo. Nuestro autor se ha acercado un tanto al cristianismo oyendo los sermones de San Ambrosio obispo de Milán.

La mujer que él trajo, como compañera suya se devuelve al África dejándole en compañía suya a su hijo natural, Adeodato. Tras esto, su madre le insta a que contraiga matrimonio con una muchacha para que con ello Agustín enderezara su vida díscola pero en lugar de ello busca saciar sus pasiones tomando otra compañera sentimental.

Para el 386 Agustín descubre la filosofía Neoplatónica, posiblemente Agustín haya leído las Enéadas de Plotino transcritas por Porfirio. Plotino (205 – 270) estudió filosofía en Alejandría, centro del encuentro entre la filosofía griega y la mística oriental. Él luego de estudiar filosofía, se fue a vivir a Roma donde llevó una teoría sobre la salvación que competiría con el cristianismo, sin embargo, el neo platonismo también ejercería una fuerte influencia sobre la teología cristiana.

Plotino pensaba que el mundo está en tensión entre dos polos. En un extremo se encuentra la luz divina, que se llama “Uno”. En el otro extremo está la oscuridad total, a donde no llega la luz del Uno. Para Plotino esta oscuridad no tiene existencia alguna, se trata simplemente de una ausencia de luz, podemos decir que una oscuridad es algo que no es, y lo único que es es el “Uno” o Dios como ocasionalmente denomina al uno.

La traducción de Mario Victorino, que hizo de la obra Neoplatónica del griego al latín, y que leyera Agustín, le desembarazaría del materialismo que él lastraba tras su instancia en la secta maniquea. Al liberarse del materialismo maniqueo acepta la teoría inmaterial del Neoplatonismo y, con esta, la concepción Neoplatónica del mal como privación del bien.

El interés de Agustín por el Neoplatonismo le acerca al cristianismo, tanto el uno como el otro tienen un denominador común, la teoría de una creación de los seres a partir de la nada: en el cristianismo es creado por Dios; en el neoplatonismo por el “Uno”. Nuestro autor notaba que el cristianismo hablaba de un Cristo redentor de los pecados hijo de Dios que no “nació de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varón, ni de la voluntad de la carne”, pero que el Neoplatonismo no daba cuenta del Cristo redentor, de ese que se hizo carne por Dios y habitó entre nosotros, no lo leí allí –dice Agustín– esto no se contenía en aquellos libros. Cristo crucificado para redimir los pecados de los hombres en una verdad que Agustín no podía hallar en ninguno de los filósofos.

De esta manera pasó Agustín a indagar en las Escrituras eso que no se encontraba en los libros de los platónicos. Así, dice Agustín:

Tomé en mis manos con vivísimas ansias las Santas y Venerables Escrituras dictadas por vuestro divino espíritu, y principalmente las cartas de San Pablo, y luego al punto se desvanecieron mis dudas y dificultades sobre la doctrina del Apóstol, la que antes me había parecido contradecirse en algunos pasajes (p. 176).

Agustín encontró, de este modo, en las Escrituras expresión de piedad, de salvación y de redención, elementos que no encontró en los textos platónicos. Él aprende del Neoplatonismo la necesidad de la contemplación de las cosas espirituales y del cristianismo la necesidad de vivir en conformidad con esta sabiduría (de forma contemplativa). En todo este ambiente influyen también sus encuentros con Simpliciano y Ponticiano. Simpliciano, anciano sacerdote, le refería a Agustín la conversión de Victorino, neoplatónico convertido.

Ponticiano le narró la vida de San Antonio de Egipto, lo que hace comprender su calamitoso estado mortal.

Esta fase en la vida de Agustín encuentra su culmen con su conversión, a propósito de esto comenta:

Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto y escondido que había el fondo de mi corazón, y junta y condensada toda mi miseria, se elevó cual densa nube, y se presentó a los ojos de mi abismo, se forma en mi interior una tempestad muy grande [...] yo fui y me eché debajo de una higuera [...] cuando he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de un niño o niña, que cantaba y repetía muchas veces: *toma y lee*. Yo mundano de semblante me puse luego al punto a considerar con particularismo cuidado [...] así, [...] me levante de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de San Pablo [...] agarré el libro, lo abrí y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos [...] luego que acabe de leer... se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas (p. 207-208).

La conversión de San Agustín sucedió hacia fines de agosto o principio de septiembre del año 386. Se puede considerar que a partir de aquí tuvo lugar su segunda conversión, la moral, la primera sólo fue intelectual, ésta la obtuvo tras su acercamiento al Neoplatonismo.

Para el año de 386 uno de los más decisivos para la vida de nuestro autor decide él abandonar su labor de profesor de retórica en Milán. Esto lo llevaría a cabo para los días de las vacaciones de las vendimias, nos dice Agustín a propósito de esto: “Resolví aguardar aquel poco tiempo para retirarme pública y solemnemente, y no volver a vender mi enseñanza y doctrina” (Agustín, 1983, p. 213). Una de las razones que hacía que Agustín permaneciera en la cátedra de retórica era la ambición y la ovación de los demás hombres, él al abrazar el

cristianismo renuncia a la vida pública y se dedica ahora a una vida contemplativa lejos de los padeceres del mundo.

Luego de renunciar a su cátedra de retórica, Agustín se establece en Casiciaco, cerca de Milán, con su madre, su hijo y sus amigos, en donde decide llevar una vida dedicada al ascetismo y la castidad. El 24 – 25 de abril del 387 en la víspera de la pascua Agustín recibe el bautismo y con él su amigo Alipo y su hijo Adeodato, quien contaba para la fecha con quince años y moriría dos años después. Para el otoño del 387 Agustín deja a Milán y parte al África. La muerte de su madre en Ostia lo retuvo un año más en Roma. En septiembre del 388 partió al África, estando ahí, en Tagaste, ende todas sus propiedades, funda el primer monasterio y lleva durante tres años la vida monástica.

En el 389 muere su hijo Adeodato, inicia la redacción de sus textos *Acerca del libre albedrío y acerca de la verdadera religión*, en medio de su vida monástica nuestro autor descartaba la labor del sacerdocio, pero en el año 391 es ordenado por el obispo de Hipona, Valerio, quien lo tomó por asistente. Agustín se traslada a Hipona en donde establece una especie de monasterio en una casa próxima a la iglesia, como lo había hecho en Tagaste. Valerio era griego y tenía impedimento con la lengua debido a ello nombra a Agustín como predicador quien llevaba esta labor incluso en ausencia del obispo Valerio, lo cual era inusitado.

En el año 392 disputa con el maniqueo Fortunato en Hipona. De igual forma se dedica a predicar sobre la fe y el símbolo en el sínodo de Hipona. En el 396 es nombrado obispo auxiliar de Hipona por parte del obispo Valerio. Tras la muerte de este Agustín queda como obispo de Hipona. Él dispuso que todos los sacerdotes, diáconos y subdiáconos que vivían con él renunciasen a sus propiedades y se atuviesen a la reglas. Posidio, su biógrafo, cuenta que los vestidos y los muebles de la comunidad eran modestos pero limpios y decentes. Los únicos objetos de plata eran las cucharas; y los platos eran de barro o de madera.

Durante los treinta y cinco años de su episcopado Agustín defendió la fe católica contra muchas herejías, una de las principales fue la de los donatistas. Fundada por Donato de Casae (en el año 355) los donatistas desconfían de todo lo terrenal y la relación Iglesia-Estado, para ellos la iglesia había dejado de ser la iglesia de Cristo para mantener comunión con los pecadores y los herejes. Estos eran numerosos en África y buscaban fundar o formar una iglesia aparte de la católica. Agustín los combatió para salvaguardar un bien, según él, superior e inalienable, la unidad de la iglesia. Los donatistas eran belicosos y violentos, en el año 405 Agustín tuvo que recurrir a la autoridad pública para defender a los católicos de los excesos de los donatistas. Ese mismo año el Emperador Honorio publicó severos decretos contra ellos.

En el 411 se llevó a cabo en Cartago una conferencia entre los católicos y los donatistas que fue el principio de la decadencia del donatismo. Pero para la misma fecha se levantaba la controversia contra los seguidores de Pelagio (360 – 425). Este último es originario de Gran Bretaña. Él pasó de Roma a África en el 411, junto con su amigo Celestino. En ese mismo año el sínodo de Cartago condenó por vez primera su doctrina. Ellos, habían rechazado la doctrina del pecado original afirmando que el pecado ejecutado por el primer hombre solo le afecta a él y como tal la humanidad no participó de dicho pecado. Y por otra parte Pelagio y sus seguidores consideraban superfluo el bautismo y afirmaban que para la salvación del hombre solo bastaba con la buena voluntad y buenas obras, dejando a un lado la necesidad de la gracia. La tesis de Pelagio se hallaba en sintonía básica con la convicción que poseían los griegos acerca de la autarquía de la vida moral del hombre, la tesis de Agustín, en cambio, afirmaba que el cristianismo representaba una inversión de dicha convicción. M Pohlenz escribe acertadamente: “el hecho de que la iglesia se pronunciase a favor de esta doctrina señaló el final de la ética pagana y de toda filosofía helénica: así dio comienzo la edad media” (Agustín, 1983, p. 378).

En el 413, tres años después de la caída de Roma, inicia la redacción de la *Ciudad de Dios*. En el 416 toma parte en el Concilio de Milevi contra los Pelagianos. En el 426 concluye la *Ciudad de Dios* y dedica la mayor parte de sus esfuerzos a ordenar su V obra (113 volúmenes, sin contar *Epístolas* y *los sermones*) a fin de legarla a la posteridad.

Los vándalos sitiaron la ciudad en Mayo de 430. El sitio se prolongó durante 14 meses. 3 meses después establecido, Agustín cayó presa de la fiebre y desde el primer momento comprendió que se acercaba la hora de su muerte. Agustín conservó todas sus facultades hasta el último momento, en tanto que la vida se iba escapando de sus miembros. Por fin, el 28 de Agosto de 430 exhaló apaciblemente el último suspiro, a los 72 años de edad.

Agustín es uno de los más grandes teólogos y filósofos que ha dado Occidente. En su pensamiento se encuentra todo el fundamento –junto a Pablo-- de la iglesia católica y se puede decir que con él se da el fin del mundo helénico y latino y comienza el periodo medieval.

EL CONCEPTO DE PECADO EN SAN AGUSTÍN DE HIPONA

Una de las preocupaciones del pensamiento agustiniano es el problema del mal. Esto, debido a que él experimentó en carne propia la influencia del mal y sus consecuencias. Por ello sintió la inquietud de darle respuesta a tal problemática. Además porque el mal era un impedimento para concebir una comprensión racional del mundo y fundamentalmente del ser humano.

En su búsqueda por darle una respuesta a tal asunto nuestro autor recurrió a diferentes corrientes de pensamiento importantes en su tiempo, estas fueron el Maniqueísmo y el Neoplatonismo, y como última instancia el cristianismo, donde encontraría la respuesta pertinente a dicha problemática. El Maniqueísmo es una secta religiosa del siglo III d.C. fundada por Mani o Manes, considerado por sus seguidores como inspirado por Dios. Esta secta se popularizó en todo Oriente y Occidente, en el Imperio Romano.

Los Maniqueos eran dualistas, creían que lo que había en la tierra y en el universo era el resultado de una lucha constante entre dos principios opuestos: el bien, la luz u *Ormuz*, y el mal, las tinieblas o *Ahrimán*. Estos principios habían sido creados por dos dioses, el bien (lo espiritual) fue creado por Dios y el mal (lo material) por Satanás.

El hombre, para ello, es fiel reflejo de esto. El mal en él está representado en su parte corporal. El cuerpo del hombre es el que desea, el que sufre, el que lo hace padecer, mientras que el bien en él se encuentra representado por su parte espiritual, en su alma, que se halla encerrada en su cuerpo y busca ser liberada de su cárcel. Para lograr aflorar la luz, el bien en el hombre, había que doblegar y someter al cuerpo a través de un estricto ascetismo.

Frente al dualismo maniqueo, que considera el mal como producto de la materia, Agustín se hace una pregunta de carácter ontológico ¿puede la materia en sí misma ser productora del mal? Esta era para Agustín una

pregunta verdaderamente dramática dado que por una parte tenía el referente bíblico - heredado por su madre Mónica – que todo lo creado por Dios era de naturaleza buena y por otro tenía el marcado dualismo de los Maniqueos.

Agustín buscó solucionar su dilema a través de Fausto, una de las eminencias de la secta maniquea, pero este no pudo solucionar ninguna de las problemáticas que Agustín planteaba. Decepcionado y desilusionado nuestro autor decide abandonar el maniqueísmo luego de haber pertenecido a esta secta por nueve largos años.

Luego de su permanencia en el maniqueísmo, el acercamiento a la filosofía neoplatónica le resulta de gran utilidad en su investigación y esclarecimiento del problema del mal.

La doctrina de Plotino (205-270 d.C.) se caracteriza por ser una ontología jerárquica que parte desde Dios-uno, que es inefable y es superior a todo ser y pensamiento. De él proceden los demás seres a partir del proceso de emanación, pero él en este proceso no se ve alterado en su unidad. Plotino explica esto a partir de la metáfora del sol: sucede como el sol que ilumina y desvela lo oculto sin que por ello el sol mismo se transforme. De igual forma también apela al símil del espejo del original, en consecuencia al reflejo que el original no se ve afectado en su ser. En definitiva, para Plotino, el mundo procede del Uno, pero sin que este sufra alteraciones en su ser.

La primera emanación del Uno es el pensamiento o *nous* que es intuición o aprehensión inmediata. Del *nous* procede el alma cósmica o alma del mundo o *psyché*, que es un alma incorpórea e indivisible, y representa un vínculo entre el mundo suprasensible y el mundo sensible. Por debajo del alma del mundo se encontraría el mundo material y todos los seres corpóreos, que, según esta jerarquía, constituye el escalón más bajo, el Último.

De acuerdo con su propia concepción del proceso de emanación, como semejante a una especie de radiación solar, Plotino describe esa luz como si procediera de un centro y, según se va alejando se hace paulatinamente más tenue, hasta diluirse en el seno de la oscuridad total. Esta oscuridad se correspondería con el mundo de la materia a la que Plotino define como algo desprovisto de la luz. Y como desprovista de luz, la materia es sinónimo o principio del mal. Pero a diferencia de los maniqueos que afirmaban que el mal era inherente a la materia, los Neoplatónicos afirmaban que el mal no era una característica principal de la materia, sino que si este se presenta en ella debido a que la materia se halla lejana del Uno, lejana de la luz – que representa el bien – que emana de Él. Entonces, el mal se manifiesta en la materia como una privación, como una ausencia de algo que le es esencial: la luz (el bien) que procede el Uno.

De esta manera, Agustín se desembaraza del pensamiento maniqueo, que considera el mal como algo propio de la materia y se apropia de las consideraciones Neoplatónicas acerca del mal que le serán muy útiles en su investigación al considerar el mal como un ente, como una privación de la materia. El mal, para los Neoplatónicos, es un no-ente, es una materia increada. Esta sería la existencia ontológica lo contrario a la luz que proviene del Uno: la oscuridad.

Obviamente Agustín rechaza esta parte de la tesis de Plotino, puesto que él plantea que el Uno crea a través del proceso de emanación, pero al tiempo también se puede entrever un Dios “creador” de la materia increada, de la oscuridad. Pero si se habla de una materia increada, esta por ende existiría y no sería ya increada, sino creada. Para Agustín la hipótesis de la materia increada, responsable del mal como materia, le resulta ilógica.

Esta inconsistencia lógica en la teoría de Plotino para Agustín fue de gran utilidad, ya que se desvinculo del materialismo y el dualismo de los maniqueos. Y ya no veía el mal como un ente, como una cosa, sino como una privación,

como una ausencia en la materia y que esta era buena, puesto que provenía de la luz. Sin embargo, Agustín siguió indagando por un tipo de pensamiento que le esclarecía la problemática del mal el cual fuese claro y distinto y no presentara incongruencias en sus planteamientos.

Una de las formas de pensamiento a la que apela Agustín luego del neoplatonismo es el cristianismo. Él mantuvo directa relación con el cristianismo, gracias a Mónica, su madre, y ulteriormente con Ambrosio de Milán. El cristianismo para Agustín le resultará de gran ayuda para darle solución definitiva a la problemática del mal.

En la metafísica cristiana Dios representa el supremo bien. Él ha creado todo lo que existe a partir de la nada. Y eso fue creado por Él, lo que hay, la materia, se caracteriza por ser buena, puesto que procede del supremo bien. Entonces ¿qué vendría a ser el mal, ya que toda naturaleza es buena? El mal no puede ser un ente, porque entonces no sería mal sino bien. Por lo tanto el mal viene a ser una privación, un accidente de la sustancia. Agustín dice:

Del mismo modo que, en los animales, el estar enfermos o heridos no es otra cosa que estar privados de la salud - y por esto al aplicarle un remedio, no se intenta que los males existentes en aquellos cuerpos, es decir, las enfermedades y heridas, se trasladen a otra parte, sino destruirlas, ya que ellas no son substancias, sino, alteraciones de la carne, que, siendo substancia y, por tanto, algo bueno, recibe estos males, esto es, privaciones del bien que llamamos salud -, así también todos los defectos de las almas son privaciones de bienes naturales, y estos defectos, cuando son curados, no se trasladan a otros lugares, sino que, no pudiendo subsistir con aquella salud, desaparece en absoluto (Fernández, 1998, p. 445-446).

La característica intrínseca de la sustancia creada por Dios es ser buena, y el mal – al igual que la enfermedad – no es más que una falla, un accidente, una

ausencia en la sustancia, así como la enfermedad es la ausencia de la salud. Y si el mal es la privación del bien en la sustancia, este no puede ser pensado sino es en relación con el bien. El mal sólo se manifiesta en el bien, y es en éste donde el mal toma sentido. Sin bien (sin sustancia) el mal no encontraría un medio a través del cual hacerse perceptible, porque este carece de existencia propia, puesto que no es una cosa. Al carecer de existencia, necesita de algo donde residir y esto lo consigue en lo bueno creado por Dios.

Sin embargo vale la pena hacer la salvedad que en ningún momento Agustín niega la existencia del mal. El llega a la conclusión, en medio de sus indagaciones, de que el mal no es una cosa, como una flor o una montaña, pero no por eso deja de ser existente, ya que el mal se hace sentir en la sustancia creada por Dios. La definición a la que llega Agustín de que el mal es una privación y no una sustancia es un gran aporte tanto filosófico como teológico, puesto que reconoce en él toda su extensión y dominio, a la vez que, pone en evidencia su miseria ontológica demostrando que el mal por sí mismo no puede ser y que por ello necesita del bien. Entonces, el mal existe pero sin sustancia.

Así pues, teniendo en cuenta la verdadera naturaleza de lo que es el mal, es menester ahora saber cuál es su origen. Si existe el mal ¿de dónde procede? Como vemos no puede proceder de Dios, ya que Él es el sumo bien y, su creación (y todo lo que hay en ella) es buena. A demás, si el mal es un no-ser, es decir, una privación de un ente creado por Dios, entonces no pudo haber salido de la mano creadora de Dios.

Así, Dios es el principio del bien, su acción tiende hacia el bien, hacia el ser. Dios no pudo haber creado el mal, porque si lo hiciese esto conllevaría a la destrucción del mundo. Y no se puede sostener el argumento que Dios haya creado para destruir. Entonces, Dios no es el origen del mal, él no permite el mal en el mundo este es perpetrado por el hombre al hacer un uso inadecuado de su libertad. En consecuencia, Agustín encontró que el mal no procedía ni

de un principio del mal, ni de Dios, sino que su origen estaba en la criatura misma.

Para arrojar luces sobre esto nuestro autor distingue entre dos modalidades de mal: uno físico y el otro moral. Cabe aclarar que son dos modos de males diferentes y su origen se explica de modo distinto. Es por ello que Agustín al afrontar y dar solución al problema del mal les da respuesta por separado a cada uno de estos tipos de males: el físico y el moral.

El mal físico es aquel mal que golpea la integridad física y sensible del hombre. Dentro de este se encuentran las enfermedades, las catástrofes naturales, la muerte. Por otra parte está el mal moral, que representan los males espirituales. Si el primero atenta contra la parte física del hombre, este lo hace a nivel espiritual. Dentro de estos tenemos todo tipo de desorden espiritual que vaya en contra de la justicia, la verdad, el alma del hombre y Dios.

A. EI MAL FISICO

El mal físico tiene su origen en la debilidad y en la imperfección de la criatura, que está sujeta a cambios y a mutaciones en su ser. Tal imperfección la hace susceptible de destrucción, de corrupción incluso de muerte. Las criaturas experimentan en su ser la finitud. Por su parte, Dios no participa de tales experiencias que padecen las criaturas. Él no padece de sufrimiento ni de dolor alguno, esto, porque en Dios no existe en absoluto mal alguno, Él es – para el cristianismo y para Agustín converso – perfecto.

El mal físico sirve para mostrar la distinción ontológica que hay entre el creador y lo creado. Todos los seres son buenos porque proceden de un Dios que es bueno. Pero estos seres son inferiores a ese ser del cual proceden, por lo que se encuentran expuestos a la corrupción, a la privación del bien. Si estos seres

creados por Dios fueran perfectos como su creador serían Dios, pero para el cristianismo, como para Agustín, Dios es sólo uno.

Entonces el mal físico por fuerza debe existir porque toda criatura es imperfecta respecto a su Creador. Al ser esta imperfecta está sujeta a cambios y a mutaciones, pero con la tarea y la labor de tender cada vez más, a pesar de su imperfección, a la perfección, esto, para favorecer a la armonía y el orden en la naturaleza.

El mal físico se manifiesta en el ser humano a través del dolor. A través de este experimenta herida su integridad corporal. El dolor, el mal físico es un señal que no hay un orden a nivel corporal en el hombre. Este le avisa o le advierte que hay una desproporción y desbalance en su unidad como ser. Y como tal debe procurarse la proporción, el balance y la unidad: su salud.

Para Agustín “en un cuerpo es preferible el dolor que resulta de una herida y que obliga a ponerle remedio, que la gangrena que no se siente. El dolor es , pues, a la vez un efecto y una condición del orden sensible”(Jolivet, 1941, p. 30-31).

El mal físico se caracteriza por tratarse ser una causa exterior la que afecta la unidad corporal. Desde esta perspectiva el mal no reside en el cuerpo humano, sino en la causa exterior que la produjo. Pero ¿hace un rato no se acababa de señalar que todo aquello que se encuentra en el mundo, por ser creado por Dios, es bueno? ¿Es esta causa buena y mala a la vez? O ¿es que hay cosas buenas y malas creadas por Dios? Para Agustín preguntarse de este modo acerca del origen del mal es preguntar por la fuente de males particulares. Si bien la sal es beneficiosa para el hombre para la elaboración de sus alimentos es nociva para el halcón. El piquete de un escorpión puede matar a un hombre o a un animal, pero éste no mata al animal portador de tal veneno. Así hay infinidad de cosas que pueden ser beneficiosas para ciertos animales, plantas y al hombre pero perjudicial a otros. Pero no por ello estas cosas son males en sí

mismos. El mal físico es únicamente un mal particular y se juzga desde su particularidad mas no es el mal propiamente hablando. Para Agustín el mal esencial y verdadero es el mal moral: el pecado.

B. EL MAL MORAL: EL PECADO

“Pecado” es un concepto que procede de la tradición moral de la judeo-cristiandad, este es ante todo un acto vicioso, es decir, es un acto que se opone a la virtud. La virtud es por esencia un hábito, esto es, una disposición adquirida y duradera que permite a quien la posee obrar según su naturaleza. Entonces un acto moralmente bueno o virtuoso se presenta cuando el acto coincide con la naturaleza del que la lleva a cabo. Pero ¿Qué debemos entender por naturaleza? Pues es lo que coloca a un ser en su propia especie y por consiguiente en su forma. Entonces ¿Cuál es la forma del compuesto humano? Es la de ser alma razonable. Así, la razón es la que le confiere a nuestra naturaleza el carácter de lo propiamente humano.

Cuando se define la virtud y el bien moral como lo que coincide con nuestra naturaleza, esto equivale a definirla como lo que coincide con la razón. De manera inversa, el mal moral, el pecado, no es otra cosa que la falta de racionalidad en el acto o en el hábito. Esta falta de racionalidad en el acto atenta contra el orden.

El orden es la adecuada disposición de cosas semejantes o dispares en funciones de un fin. El orden es la realización de la ley, y esta a su vez es expresión del orden. Agustín distingue entre dos tipos de órdenes, el orden o ley eterna y la ley natural o temporal. La primera hace mención a la organización que Dios ha colocado al universo, al cosmos y a la naturaleza. La ley eterna es la razón y la voluntad de Dios, en cuanto manda conservar el orden impuesto por Él desde el inicio de los tiempos sin perturbarlo.

La ley eterna es un principio necesario para que la creación de Dios no caiga en confusión ni en caos. La ley eterna es inmutable y universal en cuanto a su vigencia, esta se hace extensible a todos los seres animados e inanimados, racionales e irracionales.

La ley eterna funciona como el fundamento o modelo de la ley temporal o humana. La ley temporal al ser creada por seres inferiores e imperfectos como lo son los seres humanos posee al igual que ellos las mismas características. Las leyes humanas pueden fallar e incurrir en errores por su modo de ser imperfectas, pero son razonables ya que participan de la ley eterna.

El hombre puede determinar a través de sus actos, a través de su voluntad, si decide seguir o no tales órdenes. Él puede elegir entre obedecer o no el orden divino (o el temporal) y seguir al desorden, o viceversa. Es decir, que el hombre tiene la facultad de elegir si quiere o desea vivir según la carne o según el espíritu. La voluntad que se une al bien común consigue los más grandes bienes para el hombre. “Pero –nos dice Agustín– la voluntad que se aparta del bien inmutable y común y se convierte hacia sí propia o a un bien exterior o inferior peca”. (Fernández, 1996, p.224) Entonces, el origen o la causa del mal moral es el hombre mismo y su voluntad malvada, una voluntad que se aparta de la sustancia suprema, que es Dios mismo, y se inclina a las demás cosas íntimas afanándose por ellas.

De esta manera, Agustín llega a descubrir que la fuente de toda maldad es de carácter volitivo, es decir, que la maldad proviene de una perversa voluntad que se aparta de Dios y esta voluntad se encuentra en una criatura que posee la facultad de la libertad que a través de esta puede elegir entre la posibilidad de adherirse a lo terreno y perecedero o a lo eterno y divino.

Cuando el hombre se inclina por lo temporal, cuando vive según la carne (es decir, cuando se regodea en los placeres de carácter sensibles) y se aleja de lo divino incurre en pecado, que para Agustín es el único y verdadero mal.

El pecado no es más que el rechazo a Dios y a la ley eterna; al orden instaurado por Él, a su razón y a su voluntad. El pecado es una prevaricación contra Dios, es un intento de destrucción del orden divino. En esta medida, el hombre se convierte en un rebelde, en un adversario de Dios, en un enemigo que lucha contra Él y lo resiste. El hombre a través de su voluntad destruye un orden que es incapaz de volver a crear como fue creado. Pero, el hombre se halla en una tensión, por un lado se encuentra inclinado por los placeres sensibles y corporales, y por otro lado siente la necesidad de acercarse a lo eterno, a lo divino, a lo espiritual, a Dios.

La voluntad del hombre tiene dos tipos de caminos, uno, los “enemigos” contra los que ella combate, estos son, la ignorancia, para la cual está la búsqueda de la verdad que permite sobrepasarla. Las malas inclinaciones que son de tipo carnal, es decir, la concupiscencia, y por último están los malos hábitos arraigados en la persona que la inclina hacia el vicio, que son de naturaleza inconsciente.

El otro camino de la voluntad humana, que puede elegir, es el del bien supremo que se le manifiesta a través de la luz del entendimiento. El hombre debe saber y decidir por su cuenta que camino es el que desea continuar.

El mal moral no es más que el resultado de una mala elección, esta no consiste en considerar algo como malo en sí mismo, ya que el hombre no procura causarse en sí mismo ningún tipo de mal, sino procurarse un bien, la felicidad. El hombre escoge en el pecado algo que piensa que le puede ser provechoso, que le genere un bien y felicidad, pero, lo único que encuentra tras este no es otra cosa más que miseria, sufrimiento y padecimiento.

El hombre en el pecado encuentra solo un orden erróneo, un orden equivocado. Desprecia a Dios y los bienes que este le ha dado para que sea feliz, pierde su lugar delante de Dios, se transforma en su adversario, en su

rival y, a demás de esto, el hombre debe cargar con el suplico que conllevan las causas del pecado: la privación de la gracia, que es *macula peccati* (mancha del pecado), y el dolor del sufrimiento padecido por la mala elección que representa el pecado que es infringido en esta vida a través de castigo, calamidades, enfermedades, males temporales, que de alguna u otra manera nos hacen consientes que nuestra elección no ha sido la mejor.

En este punto Agustín se formula la pregunta ¿por qué Dios ha dado al hombre la libertad de la voluntad siendo esta la fuente del pecado (del mal moral)? El hombre procede de Dios, y por lo tanto es un bien, y Dios le ha dotado de libertad para que obre a voluntad. Si el hombre careciera de esta libertad no podría obrar rectamente. Y si ya hemos concluido que la libre voluntad es el origen del mal moral no por ello podemos determinar que Dios se la ha otorgado al hombre para pecar, sino, más bien, para que el hombre obre rectamente: “habiéndonos sido dado para este fin, de aquí pueda entenderse que por qué es justamente castigado por Dios el que usa de él para pecar, lo que no sería justo si nos hubiera sido dado no sólo para vivir rectamente, sino también para pecar”.(Agustin,1983,p. 23)

Cuando Dios castiga al pecador lo castiga por que hace un mal uso de su libre voluntad, esto es, que no lo usa para vivir según la virtud, es decir, para vivir según la razón. Sin la libertad de la voluntad no se podría dar ese principio de la justicia que consiste en premiar las buenas acciones y condenar los males. Al no hacer una libre voluntad no habría pecado ni buena acción, no habría virtud ni mucho menos vicio. Y por lo tanto, el castigo como el premio serían igual de injustos. Entonces la libertad en la voluntad es necesaria para que haya pecado a demás de buena acción. Y con ambos, también la justicia, que es uno de los bienes que proceden de Dios.

El hombre ha sido creado, por Dios, de la nada y al igual que todos los entes que se encuentran en la naturaleza este es corruptible e imperfecto. Dada tal imperfección el hombre es susceptible de errar, fallar. Si el hombre no errara en la toma de sus decisiones con determinadas cosas que él lleva a cabo,

sería por tanto un ser perfecto, pero esto a la luz del pensamiento cristiano, y en especial en un autor como Agustín resulta imposible, ya que el único ser perfecto es Dios. Por su parte el hombre debe padecer y sufrir el resultado que obtiene de las malas elecciones que toma y del mal uso de su libertad.

Pero el hombre no tiene por que cargar y lastimar con tal estado de miseria y tristeza física, que se manifiesta en enfermedades y demás, o en lo espiritual que se presenta en la pérdida de la gracia, ya que Dios puede devolverle al hombre eso que él ha perdido. El pecado es un orden errado que escoge el nombre el cual destruye el orden creado por Dios, pero como el hombre carece de la facultad de re-crear lo creado por Dios, entonces le es menester al Creador, a Dios, restituir lo destruido por parte del hombre, y junto a todo esto, la gracia del hombre que lo religa con el Altísimo. Entonces podemos decir que “el cristianismo se halla así colocado en un orden en que la misma moralidad natural pide un orden sobrenatural como su complemento necesario”. (Gilson, 1981, p.312)

Además según el pensamiento cristiano y de Agustín, Dios mandó a su Hijo a este mundo para que liberara a los hombres de los pesares de los pecados y los condujera y religara con Dios. La figura de Jesucristo vendría a ser en el pensamiento cristiano, tanto como en Agustín, el mediador entre los hombres y Dios, el camino que conduce hacia el Padre. La “enfermedad” del mal moral encuentra su cura en Cristo, Él es el único que puede sacar al hombre de la *massa damnata* (masa de condenación) y devolverle la condición ontológica que poseía desde un principio, este es, el de estar cerca de Dios, la de ya no ser más un *adversio a deo* (adversario de Dios) sino un *conversio*.

El mal moral o pecado es un acto de carácter volitivo que se opone al orden eterno. A causa de esto el pecado se convierte en un prevaricador, en un rebelde o en adversario de Dios. Pero sin embargo, Dios restaura el orden deseado por el hombre, y de igual forma le devuelve a este su orden que perdió al pecar. Este orden es restaurado a través de la redención de los

pecados por medio de la figura de Jesucristo. En esta medida, el pecado es transformado de un mal a un bien mayor, restaurándose, en consecuencia, el orden universal. El pecado es necesario en el pensamiento de San Agustín para demostrar que existe un orden racional que comanda y organiza todo lo existente. El universo se nos presenta como un todo, como un sistema organizado.

Cuando en una de sus partes (uno de los entes que lo constituyen) comienza a presentar fallas, anomalías, es decir, que este no se desenvuelve según su naturaleza, según su virtud, es menester que para que el todo vuelva a funcionar como antes, para que la parte vuelva a ser reconducida a eso que era un principio Dios debe redimir al hombre a través de Jesucristo devolviéndolo a su estado inicial, esto es, devolviéndolo a una naturaleza buena, dándole un orden al universo y a la creación.

Si esto no fuera así, si el hombre al pecar continuara en su estado de sufrimiento y tristeza, entonces diríamos con justicia que el Dios cristiano es uno que es malvado, que no es ningún bien supremo y que disfruta ver al hombre sufrir. Además, si el mal persiste no hay ningún orden a nivel del universo. Pero en realidad, como podemos apreciar, los actos de las almas buenas son premiados, mientras que los de las almas pecadoras son castigadas y luego reconducidas a un bien mayor por medio de la redención.

De esta manera se explicó Agustín el funcionamiento racional del mundo, para él el mal se constituía como un impedimento para poder entenderlo de esta manera, pero este le sirvió como punto de partida para dar con tal concepción. Y en medio de sus investigaciones alcanza a descubrir la pobreza ontológica del mal, que este no es un ente, como pensaban los Maniqueos, sino que el mal es la privación del único que posee dicha facultad para llevar a cabo determinada labor.

El hombre es simplemente un labriego, un jornalero en la viña del señor que se caracteriza en poseer una libertad, una voluntad libre la cual Dios le otorga por naturaleza, pero cuando el hombre usa mal esto que su creador le ha dado cae y pierde lo que le es esencial, su carácter humano.

EL PECADO, EL HOMBRE Y EL LIBRE ALBEDRIO

Siguiendo el orden ascendente de la creación encontramos a los ángeles como las primeras criaturas de Dios, cuya existencia solo conocemos por vía de la fe. Agustín intenta explicar su naturaleza a partir de las características humanas. Y luego de los ángeles esta el hombre que es un compuesto de dos sustancias distintas, cuerpo y alma. Esta reflexión la hereda del pensamiento helénico pero más directamente de Platón.

Para Platón el hombre es un compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo se caracteriza por ser temporal y corruptible. Este es el que nos posibilita el contacto con el mundo sensible. El alma es nuestra parte eterna e inmortal, esta nos relaciona con las Ideas y con lo suprasensible. En el alma reside la razón, el conocimiento, mientras que el cuerpo se encuentran los placeres y todo lo relacionado con lo sensible. Así, el cuerpo pertenece a lo mutable y lo terreno, y el alma a lo eterno y divino.

La unión de estas dos sustancias en el pensamiento de Platón es el resultado accidental de una caída, motivo por el cual el alma está encerrada en el cuerpo como en una cárcel. Esta es liberada del cuerpo una vez este deja de existir, pero luego el alma vuelve a ocupar otro cuerpo: "así como un hombre es independiente de su vestido sobrevive al que acaba de quitarse y puede usar varios en su vida sin sufrir por ello, así también el alma se despoja progresivamente del cuerpo". (Gilson, 1981, p. 81). La muerte del cuerpo le permite al alma la contemplación de las Ideas.

Se puede decir a demás, que para Platón el alma ha existido desde siempre, y esta, al ser la parte racional del hombre, es su labor la de mandar sobre el cuerpo, ya que esta es la parte volitiva e irracional del hombre. Los padres de la iglesia encontraron en Platón y en su pensamiento un aliado, sobre todo en su doctrina de la inmortalidad del alma. Pero se distanciaron del pensador

griego al no ver en este una reflexión acerca del hombre en tanto unidad. Uno de los temas centrales dentro del pensamiento cristiano, y para Agustín como padre de la iglesia, es el de la salvación del hombre, su resurrección. Esta solo se hace efectiva en la restauración integral del compuesto humano, no solo de alguna de las partes que lo constituye. La salvación anunciada por el Evangelio, no habla solo de la salvación de las almas, sino de la salvación de los hombres, es decir, de la restauración de cada uno de los seres humanos en su integridad. Cuando Jesucristo anunciaba a los judíos que reinarían con él se refería a ellos como hombres y no solo como almas.

Los postulados de Platón acerca del hombre no son suficientes para los padres de la iglesia porque este no presenta al hombre como unidad, sino que lo muestra como dos personas distintas, un alma inmortal y un cuerpo corruptible. La unidad del ser del hombre es necesaria para lo que tiene que ver con su salvación, ya que lo que va a resucitar no es solo alma sino el hombre en su unidad.

Otro de los puntos donde el pensamiento cristiano desde Agustín disiente de la antropología platónica donde plantea que la unión del cuerpo y el alma es producto de un castigo motivo por el cual el alma se encuentra cautiva en el cuerpo. Para un cristiano como Agustín, es imposible e inconcebible que un estado natural sea el resultado de un castigo. La unión del alma y del cuerpo es una unión natural y deseada por Dios por ese Dios cristiano que todo aquello lo creo como bueno por naturaleza.

Por otra parte Agustín también rechaza la preexistencia de las almas en el pensamiento de Platón. Agustín explica el origen del alma racional a partir de dos principios el creacionismo y el generacionalismo o traducianismo. El primero explica en el alma racional es producida inmediatamente por Dios por medio de la creación *ex nihilo*. El alma se une al cuerpo cuando este se halla en disposición y organizado convenientemente para dicha unión. Pero resulta difícil determinar cual es ese instante.

El traducianismo o generacionismo es un modo de explicar el origen de las almas individuales, que vendrían a ser transmitidas de padres a hijos de generación en generación. El creacionismo permite ver que las almas son producto de Dios es decir que son buenas, mientras que el traducianismo o generacionismo hace posible la explicación de la transmisión del pecado original a través de las generaciones de los hombres. Agustín fluctúa entre ambas teorías pero nunca se decide por una en especial, ya que ambas teorías son plausibles, pero son contrarias entre sí.

Posteriormente a Agustín, en la edad media, muchos teóricos como Pedro Lombardo, Hugo de San Víctor, Alejandro de Halens, se mostraron a favor de la teoría creacionista, presentando al traducianismo como contrario a la doctrina de la iglesia pero estos no condenaron esta doctrina por respeto a la duda agustiniana.

Pero lo que prima sobre todo en esta distinción es que el hombre es una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. Y fue colocado sobre la tierra como vicario del creador. Este dueño, creador y gobernador del mundo a delegado a éste al servicio del hombre, el cual ejercerá un dominio análogo al de Dios mismo. El hombre ejercerá dicha labor de dominio sobre el mundo porque comporta junto a su creador las características de la razón, la inteligencia y sobre todo la libertad.

Pero cabe aclarar que en realidad el único ser libre es Dios, ya que el participa directamente del bien. Se puede decir que libre es aquel que concientemente actúa según los designios de su naturaleza, es decir que actúa virtuosamente, que en este caso sería al bien. Antes de la caída, Adán – según la tradición judeocristiana – poseía la libertad o *libertas*, esto es, que poseía la facultad de elegir el bien y resistirse al mal. Posteriormente, tras la caída, el hombre pierde estas *libertas* quedándole solo una *libertas minor* o libre albedrío que es la

forma de actuar a voluntad pero esta voluntariedad no esta del todo encaminada hacia el bien.

El hombre con libre albedrío esta facultado para hacer lo que desea, lo que le plazca, pero en este actuar el hombre no es del todo libre porque se encuentra esclavo de su voluntad. Ésta lo empuja y lo lleva a que satisfaga deseos de carácter temporal, o sea, falsas felicidades, que hacen que el hombre caiga y se pierda; pierda eso que le es natural y esencial: una naturaleza buena. El hombre con la sola voluntad se afana y solo se procura bienes efímeros, que hacen de él eso que no es.

Para que el hombre se reconozca en eso que le es natural y que recupere su *libertas* perdida a causa de la caída es menester que se conduzca a un bien superior en lugar de los bienes temporales. El hombre y las cosas exteriores a él no son suficientes para que este recupere su libertad, él necesita la ayuda de Dios y el auxilio de la gracia para que pueda hacer el bien.

El pecado es un acto voluntario, el ser que posee voluntad libre opta o no a pecar. La voluntad de los justos es la de las *libertas*, donde la voluntad de la felicidad coincide con la voluntad del bien. La *libertas* o libertad es la liberación de la voluntad de cuanto la esclaviza y esto solo se logra a través del don divino de la gracia.

El hombre recupera su libertad al conducir su voluntad hacia el bien más querido por él. Al hacer esto el hombre se ordena hacia Dios. Pero el hombre no se encamina a Dios a través de medios materiales o exteriores a él, sino que lo encuentra en si mismo, en su interior. Esto debido a que el hombre es semejanza e imagen de Dios, él es la representación o pintura de ese autor.

El hombre al conocerse así mismo logra el conocimiento más alto: conocerá su naturaleza, de que pasta esta hecho, cual es su condición y lugar ocupa en la

jerarquía de la creación. Además, el hombre al ser imagen y semejanza de su creador al conocerse, conoce a Dios.

Es así que el principio del conocimiento de si mismo se constituye en el principio de la sabiduría ya que a través de este el hombre descubre el lugar que ocupa en el orden jerárquico creado por Dios. El orden, para Agustín, es la disposición que asigna a las cosas semejantes o diferentes, el lugar que les pertenece.

Para conocerse hay que ubicarse por debajo de aquello que se es inferior y por encima de aquello que se es superior. El conocimiento de si mismo lo logra el hombre cuando reconoce su grandeza con respecto a algo, pero, además, su inferioridad con respecto de otra cosa; cuando descubre como debe conducirse, como debe actuar, que debe hacer y qué no debe hacer; descubre sus límites y sus deberes.

Según Agustín el orden jerárquico de la creación, el hombre a través de su inteligencia se encuentra por encima de las bestias y los animales, y por su ignorancia se encuentra por debajo de los ángeles y Dios. El hombre no es bestia ni animal, mucho menos ángel ni Dios. El hombre es un ser que se halla en medio de estas dos instancias. Sin embargo, el hombre descubre su grandeza al saber que ha sido creado por el Altísimo. Con su libertad manda sobre la naturaleza, la manipula, la usa para sus necesidades. Con su inteligencia la conoce, la investiga. Pero a pesar de ello el hombre sabe que estos dones de la inteligencia de la libertad no se las otorgo el mismo, sino que provienen de una esfera superior a él. Es aquí donde el hombre se hace consciente de su inferioridad.

Cuando el hombre desconoce su orden pierde lo propio de su naturaleza. Si al hacer mal uso de su voluntad se inclina por sus instintos sensoriales o en lugar de su inteligencia y su razón, éste pierde su dignidad y sucumbe a nivel de las bestias y los animales, y se convierte en uno de ellos. Pero si en lugar de ellos

desea ocupar el lugar de los ángeles o el de Dios, ignorando su inferioridad con respecto a estos, esto se constituyen en un crimen peor que el anterior, puesto que el hombre desea igualarse a su creador.

El hombre como un ser facultado de inteligencia y voluntad libre puede oponerse y elevarse contra el orden establecido en la creación. A través de su libre albedrío puede elegir entre seguir u obedecer a Dios. La negativa en su elección es el pecado que es un desorden en el orden establecido por Dios.

En el conocimiento de si mismo el hombre descubre su grandeza, al ser imagen de Dios, pero también su miseria e inferioridad con respecto a una esfera superior a él. El hombre en su existencia debe padecer y sufrir las heridas de su cuerpo y en su alma. Cada una de estas instancias, y junto a ellas el pecado, hacen consciente al hombre del lugar que ocupa en el universo además reconoce eso que él es.

El hombre es imagen y semejanza de Dios, participa de la libertad e inteligencia igual que su creador, pero a pesar de ser semejante a Dios por estas cualidades guarda sus diferencias con respecto a él. El hombre ha sido creado de la nada y al igual que las demás sustancias que están en la naturaleza. Es corruptible e imperfecto debido a estos detalles propio de su naturaleza, el hombre falla en sus decisiones. Si el hombre no fallara sería perfecto y por tanto Dios. Pero para Agustín tanto como en el cristianismo solo hay un Dios.

El hombre es un ser inquieto que busca e indaga, pero sobre todo siempre está tras la consecución de ese bien mayor que es la felicidad. Pero en medio de esta búsqueda puede tomar malas elecciones al momento de procurársela. Es ahí cuando el hombre padece y sufre a consecuencia de dicha elección. Nadie nos muestra el camino o nos señala que es lo que debemos hacer al momento de tomar una decisión. Estamos aquí y somos sujetos que debemos decidir, y

tomar nuestras elecciones por nosotros mismos a expensas de que consecuencias puedan estas acarrear.

El pecado, como he querido mostrar en este trabajo, es el producto de una mala elección por parte del hombre. Este escoge en el pecado algo que se considera un bien, que le producirá felicidad pero en lugar de ello lo que obtiene es sufrimiento y padeceres. El pecado, como un desorden en la naturaleza del hombre, como mala elección, lo hace conciente de eso que es él, un ser imperfecto, que padece, que sufre, que falla, que escoge mal, corruptible y demás.

Dios es inmutable, es sumo bien, él nunca llega a conocer el mal; el hombre, en cambio, al ser imagen de Dios, solo conoce la corruptibilidad, la falibilidad, el error, el engaño, el dolor, el pesar. Sin embargo, la tradición judeo-cristiana amilana el sufrimiento humano prometiéndole una vida futura en la cual no existirá más sufrimiento ni llanto.

CONCLUSION

El problema del mal ha sido una temática que ha cuestionado a la humanidad desde sus inicios, este ha atravesado todo tipo de reflexiones, religiosas, mitológicas, literarias, filosóficas. Porque, junto a la muerte, el mal es algo que el hombre experimenta de un modo inmediato y demasiado cercano a él, por más que el intente huir de este y no pensar en él, siempre tendrá que vérselas con este asunto.

Agustín nos ha legado una perspectiva muy interesante para darle respuesta a dicho problema desde su metafísica y muy acorde a nuestro legado judeo-cristiano. Para Agustín el mal no es algo creado por Dios, lo que se extiende delante de nuestros ojos es bueno, puesto que procede de un bien supremo. Si algunos objetos nos causan algún perjuicio esto no quiere decir que sean un mal. El mal no es una cosa, no es ser, sino una privación del ser. Es una privación de lo esencial de eso que hace *ser* a un ser. El mal no es un ser, es un no-ser. Es privación y necesita del ser para manifestarse.

Agustín desde su pensamiento nos muestra la miseria existencial del mal. Si el bien no existiese, el mal no tendría donde hacerse manifiesto. El mal no es creado por Dios, mas se muestra en lo creado por él, tal como la enfermedad se muestra en el cuerpo sano, privándolo de su salud.

Sin embargo, Agustín aclara que el mal no es propiamente el *mal* parecido a las cosas creadas por Dios. El mal físico no un mal en-sí, sino, únicamente casos particulares de lo que se puede llamar mal. Para el santo de Hipona el mal en verdad es el pecado. Desde éste el hombre prevarica contra su creador y contra el orden racional instaurado por él. El hombre cuando peca se convierte en un adversario de la ley divina, del orden universal. Este es el verdadero mal cuando el hombre busca destruir algo que jamás, incluso con su sabiduría, llegaría a restituir. Solo Dios podrá crear esto desde la nada.

La experiencia del mal en el hombre, como he querido mostrar, es un reflejo de su naturaleza falible y finita, es algo que lo hace consciente del enorme abismo que lo separa de lo trascendente, de lo eterno. Para Paul Ricoeur, un autor contemporáneo que también trabaja la temática del mal, para él este fenómeno también refleja la finitud del ser humano.

Es de saber que en su simbólica del mal Ricoeur define el mal desde un punto de vista diferente a como nos lo presenta Agustín. Para el filósofo francés el mal es mucho más que un no-ser o privación del ser, para él el mal es algo exterior al hombre, y como "algo exterior" es ajeno a él. Únicamente es reconocido por el hombre cuando este interioriza esa externalidad del mal y lo comprende como la culpabilidad, como una mancha que habita en su ser. El ser humano se procura huir de esta experiencia la cual la vive como miedo o temor. Como contrapartida a este miedo surgen los rituales de purificación contra la mancha del mal o del pecado. Entonces, el mal o el pecado es para Ricoeur más que un ser o un no-ser, como expone Agustín, es un hacer, en el se materializa la voluntad y la acción del ser humano. Que el hombre es capaz de hacer las cosas más prodigiosas en este mundo, las acciones más benéficas, pero de igual modo, es capaz de los peores vicios. Al elegir o caer en un estado erróneo deja entrar el mal en el mundo, el mal no es un no ser, es algo que nos ha acompañado desde los inicios de la humanidad y se deja ver en los mitos y ritos de cada cultura.

Si bien Agustín se dedicó a contraponerse a las gnosis que explicaban el mal de manera racional él también sucumbió en una gnosis, preocupándose en justificar racionalmente a Dios y al mundo cuando a Dios no necesita que lo justifiquen, ya que nosotros nos justificamos desde él, ya que desde él reconocemos lo que realmente somos, y nuestra experiencia con el mal nos enfatiza nuestra falibilidad.

BIBLIOGRAFIA

- **Agustín.** (1983) *Confesiones*. Madrid: Sarpe.
- **Fernández C.** (1996) *Los filósofos medievales: selección de texto*. Madrid: B.A.C.
- **Gilson E.** (1981) *El espíritu de la filosofía medieval*. Madrid: Rialp.
- **Jolivet R.** (1941) *El problema del mal según San Agustín*. Bogotá: Lumen.
- **Ricoeur P.**(2007) *El mal: un desafío a la filosofía y a la teología*. Madrid: Amorrortu